



Guatemala. Febrero/Marzo 2021
Época I. N° 57. Año 8



Camino Socialista

La prensa de los comunistas en Guatemala



Para luchar contra el patriarcado

Para las y los comunistas la opresión hacia las mujeres se manifiesta de ininidad de maneras, desde las inequidades, exclusiones, discriminaciones, desvalorizaciones, dependencias, el acoso y la violencia, pasando por la negación de derechos y las formas modernas de explotación y esclavitud, hasta los hechos más horribles de feminicidio.

Sabemos que esta opresión se explica en el sistema patriarcal que se reproduce en los imaginarios sociales, culturales y religiosos, en los lenguajes, discursos, prácticas, normas, en las distintas instituciones y formas de organización social: en y desde la familia, la escuela, la iglesia, la empresa, la cooperativa, la organización campesina, indígena y sindical, la comunidad, el Estado. Es un sistema abarcador de toda la sociedad.



Nuestra vocación y orientación revolucionaria debe implicar trabajar y luchar porque dicha opresión hacia las mujeres desaparezca y para ello debemos contribuir a la abolición del patriarcado en todos los ámbitos de las relaciones sociales. Sin embargo, debemos estar claras y claros de abolir el patriarcado no puede lograrse sin generar los cambios radicales necesarios en toda la sociedad y en todo aquello que contribuye a la reproducción de la opresión hacia las mujeres en particular y los grupos diversos en general. En esa dirección, para erradicar el patriarcado es esencial, al mismo tiempo, abolir el capitalismo que contribuye a su reproducción.

No podemos olvidar que la situación de las mujeres, en buena medida, también se explica en su pertenencia a la clase trabajadora, cuya condición de clase explotada y oprimida se debe al sistema capitalista. Es ahí donde se explica la condición de miseria, explotación y exclusión de la mayoría de mujeres que pertenecen a dicha clase social. Asimismo, debemos tener claro que las mujeres son explotadas de forma específica, en la medida en que se les paga menos, se les obliga a más jornadas laborales

y se les asignan tareas como el trabajo doméstico y la procreación, que son centrales en el capitalismo para la subsistencia y reproducción de la clase trabajadora.

Debemos reconocer, asimismo, que el capitalismo ha hecho de la vida en general y la vida de las mujeres en especial una mercancía, al punto de convertirla en producto para la compra y venta, e inclusive, para someterla a la esclavitud. Todo esto, hace parte de la reproducción del capitalismo que debe ser superado, para poder superar los flagelos que reproducen las condiciones de vida de las mujeres.

Así, las y los comunistas debemos emprender una lucha orientada a la abolición, tanto del patriarcado como del capitalismo. Y esto implica construir las condiciones para un cambio radical en la sociedad, que implique el triunfo contra el capitalismo y su Estado. Pero las y los comunistas sabemos que esto es imposible sin la toma del poder del Estado y la construcción de un Estado radicalmente diferente, que sea utilizado para destruir toda relación de opresión, incluida la opresión contra las mujeres y contra la clase trabajadora.

Esto significa la construcción de una sociedad verdaderamente nueva, en donde desaparezca toda forma de explotación, esclavitud, opresión, discriminación, que afecte al ser humano en general y a la mujer en particular.

Las y los comunistas debemos ser parte sustancial en la lucha para erradicar toda relación que contribuya a la reproducción del patriarcado y, por consiguiente, a la liberación de las mujeres de la opresión que históricamente padecen. Pero también, para transformar la opresión hacia las mujeres es nuestro deber, al mismo tiempo, transformar la opresión de clase. Y esto solo será posible en tanto y en cuanto las mujeres comunistas, desde sus propios desarrollos y luchas, en conjunto con los hombres comunistas, seamos parte en la construcción de relaciones de nuevo tipo entre ambos, al mismo tiempo que impulsemos la revolución social que nos permita construir la sociedad socialista, donde superemos de raíz, tanto la opresión patriarcal como la opresión capitalista.





El gobierno de Giammattei: *más y más corrupción*

Débora Jiménez

Mientras la mayoría de la clase trabajadora se debate entre la explotación, la pobreza y la miseria, absolutamente vulnerable a la pandemia por Covid-19 y sus efectos, en el gobierno de Giammattei siguen apareciendo casos en los cuales altos funcionarios hacen parte de prácticas corruptas que afectan las arcas nacionales y, por consiguiente, los servicios y obras públicas necesarias.

Altos funcionarios están siendo investigados y perseguidos judicialmente. Entre ellos, la pareja sexo-afectiva de Giammattei, Luis Miguel Martínez, y su Secretario Privado de la Presidencia, Giorgio Eugenio Bruni, quien es el actual secretario general del partido gobernante Vamos y fue el responsable de las finanzas de la campaña del actual mandatario, a la cual se presume financió también el ex ministro de Comunicaciones y Transportes, José Luis Benito Ruiz, acusado de corrupción.



Ante las presiones de distinto tipo, el gobierno de Giammattei se vio obligado a cerrar el llamado “Centro de Gobierno”, dirigido por Luis Miguel Martínez, cuyo manejo fue denunciado múltiples veces, no solo por acciones de control social y prácticas dictatoriales, sino también por hechos de corrupción.

En el caso de Giorgio Bruni, se trata de un funcionario investigado por sus vínculos con Benito, responsable del caso de corrupción conocido como El Libramiento, en Chimaltenango. Giorgio Bruni es vinculado con Benito, en cuya casa fueron encontrados 122 millones que quetzales en efectivo, producto de negocios turbios en la concesión de obras públicas a cargo de su gestión como ministro. La vivienda de Bruni fue allanada en la idea de encontrar ahí pruebas de sus vínculos y más dinero del mismo origen, del que se sabe circula entre los miembros de la red mafiosa que integran.

El último caso conocido es el de Ronaldo Estrada Rivera. Este alto funcionario está implicado en la compra anómala de 30 mil pruebas PCR para la detección de covid-19, cuyo valor es cercano a los 8 millones de quetzales. Además del procedimiento anómalo de contratación, resultó que las pruebas eran falsas, con lo cual se incurrió, además, en un delito de lesa humanidad. En el momento de la compra corrupta, Estrada Rivera era gerente administrativo financiero del Ministerio de Salud y, en la actualidad, es el Viceministro de Deporte y Recreación.

La corrupción continuada en el gobierno de Giammattei, además de los casos citados y otros más, se evidencia en el Índice de Percepción de la Corrupción (IPC), que la ONG Transparencia Internacional realiza año con año. En este índice se refleja cómo la corrupción avanza en el país, al punto que Guatemala cayó en 2020 al puesto 149 de los países medidos. Esto compromete la política del actual Presidente de la República.

La corrupción en este gobierno no se explica sin considerar que siguen operando organizaciones mafiosas, con la participación de los más altos funcionarios y empresarios de distintos sectores económicos. Es evidente que estas mafias controlan el gobierno nacional, incluidos los ministerios de Gobernación, el Ministerio de Defensa, la Contraloría General de Cuentas, la Secretaría de Administración Tributaria, la Procuraduría General de la Nación; así mismo, el Ministerio Público, la Corte Suprema de Justicia, además del Congreso de la República. Solo así se explica que, desde el gobierno de Otto Pérez Molina, pasando por el de Jimmy Morales, hasta el actual encabezado por Alejandro Giammattei, distintas redes de corrupción continúen operando en el Estado, reproduciéndose a través del crimen y la corrupción, y manteniéndose en la impunidad.

En este contexto, la lucha ciudadana contra la corrupción debe sostenerse e incrementarse, al mismo tiempo que el trabajo de clarificar cómo la corrupción es solo una práctica que hace parte de las relaciones capitalistas y mafiosas de las cuales se ven beneficiados grandes y medianos empresarios, políticos corruptos y rentistas, narcotraficantes y contrabandistas, funcionarios de cuello blanco y oficiales de uniforme. Sobre todo, clarificar que la corrupción no cesará mientras no se logren cambios de fondo, que pasan por la construcción de un Estado de nuevo tipo.



El Pacto de Corruptos *sigue adelante* Miguel Ramírez

En Guatemala hay una oligarquía tradicional, en muchos casos que viene de la colonia, y que se siente dueña absoluta del país, al que siempre ha manejado como su propia finca. En ese sentido, el presidente de turno hace las veces de su caporal, su gerente.

Esa oligarquía vio en peligro sus privilegios cuando arreció la guerra revolucionaria, con un fuerte movimiento armado que iba tomando vuelo. Así, para la década de los 70 del siglo pasado, en connivencia con el imperialismo yanqui, dejó el mando del Estado en manos del ejército. De esa manera, los militares preparados en las estrategias contrainsurgentes formados por Estados Unidos, comenzaron la feroz represión del pueblo trabajador, de los pueblos originarios y del movimiento revolucionario con la más absoluta impunidad.

El ejército pasó a ser el actor político dominante, apoyado por el imperialismo yanqui y la oligarquía. “Limpió” el país del “peligro comunista”. Para ello mató, desapareció y torturó un cuarto de millón de personas, civiles en su inmensa mayoría. Más exactamente: pueblos originarios del Altiplano Occidental, donde fundamentalmente operaba el movimiento revolucionario armado. A partir de esa guerra sucia, el ejército comenzó a tener un protagonismo político y económico fabuloso. Andando los años, ese ejército y todos sus brazos alcanzaron cuotas de presencia únicas en toda Latinoamérica. De hecho, pasaron a ser un verdadero poder económico. Sus cuadros superiores y allegados varios comenzaron a manejar negocios ilícitos, con lo que amasaron fortunas: narcoactividad, contrabando, tráfico de personas, contrataciones de Estado a través de negocios fraudulentos, robo de maderas finas en Petén.

Firmada la paz en 1996, esos “nuevos ricos” eran ya un verdadero factor de importancia en la dinámica nacional. Fueron copando espacios, y toda una suerte de empresarios de nuevo cuño, ligados al ámbito de la política oficial, se constituyeron como poder.

Siguieron avanzando, y hoy día manejan buena parte de la estructura estatal. Lo que hoy día pasó a llamarse Pacto de Corruptos (empresarios, militares, casta política), tiene presencia en los tres poderes del Estado, en la SAT, en numerosas alcaldías, en la Policía Nacional Civil, intentando terminar de cooptar los lugares donde aún no influye directamente: Procurador de Derechos Humanos y Corte de Constitucionalidad.

Según datos oficiosos y estimaciones de estudiosos del tema, a partir de todos sus negocios nada transparentes, podrían estar manejando no menos de un 10% del Producto Bruto Interno -PBI-. Si la CICIG la vez pasada, como manobra del imperialismo yanqui, golpeó y desarticuló algunas mafias (La Línea, por ejemplo, encabezada por el entonces binomio presidencial Pérez Molina – Baldetti, pero sin tocar a la rancia oligarquía), las mafias nunca fueron acabadas.

Esta nueva burguesía en ascenso a veces choca con los tradicionales grupos de poder del país, las poderosas familias que manejaron siempre el Estado-finca: Castillo, Gutiérrez, Bosch, Cofiño, Novella, Botrán, Torrebiarte, Arzú, etc. Pero, finalmente, como clase social dominante, terminan aliándose y cerrando filas contra cualquier intento de transformación. La presencia de la CICIG, por ejemplo, los unió. Pero más aun los que une cualquier nuevo “peligro comunista”.

El Pacto de Corruptos sigue adelante, con la misma voracidad de cualquier capitalista: no importa si se dedica a la ganadería, al negocio del azúcar, al trasiego de cocaína o a la venta de alcohol étílico. Si da plata, todo vale para esta ética. Nuestro enemigo, camaradas, sigue siendo la clase dominante, no importa si es de “sangre azul” descendiente de los conquistadores españoles o mestiza y ligada a las mafias. Nos explotan y viven de nuestro trabajo. La clase dominante es nuestro enemigo. Eso es lo que tenemos que tener claro. Más corruptos o menos corruptos, son quienes nos explotan. Si viven a cuerpo de rey, es porque roban nuestro esfuerzo. El enemigo sigue siendo uno solo: la clase capitalista.





¿Qué cambia con el nuevo presidente de *Estados Unidos*? J.P.

¡¡No cambia nada, camaradas!! Para nosotras y nosotros, en Guatemala, en toda Latinoamérica, en todos los países empobrecidos del Sur, un cambio de administración en la Casa Blanca no tiene un mayor significado.

¿Por qué? Porque la relación del imperialismo yanqui con nuestros países no se altera con el mandatario de turno sentado en Washington. Las políticas del Tío Sam para con nosotros sigue rigiéndose por la tristemente célebre Doctrina Monroe, formulada a principios del siglo XIX: "América para los americanos" ..., agregando: los americanos del Norte.

En realidad, la política exterior de Estados Unidos la fijan 1) el complejo militar-industrial y 2) la gran banca privada. El presidente en funciones puede darle algunos matices, pero no puede salirse básicamente del guión establecido. Cuando John Kennedy lo intentó, le dieron un balazo en la cabeza. Y ¿en qué consiste esa política? En mantenernos como su patio trasero, el lugar donde pueden robar recursos materiales de una manera inmisericorde (petróleo, minerales, agua dulce), instalar maquilas para sobreexplotar a nuestra clase trabajadora, obligarnos a consumir sus productos, tener siempre una cantera de mano de obra semi regalada que llega como



migrante a su territorio para hacer los trabajos más duros, tenernos agarrados eternamente con créditos bancarios (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial) que hipotecan nuestro futuro. Nada de eso cambia.

En lo interno, para la población estadounidense puede haber algunos pocos cambios cosméticos: una vice mujer y negra, algo "políticamente correcto", pero que no cambia la situación de fondo. Se cambiará el estilo político de Trump, un fascista xenófobo, machista y autoritario, pero el empobrecimiento de la gran masa trabajadora yanqui no se detendrá.

En apariencia, la llegada de este binomio presidencial: Joe Biden – Kamala Harris, puede parecer más "progresista". Pero no lo es. Donald Trump hablaba de "países de mierda", de donde salían migrantes rumbo a Estados Unidos (nosotros). Con la actual administración algo así no se dirá en público, y hasta se impulsará un plan para -supuestamente- promover el desarrollo en Centroamérica (una dádiva de 4,000 millones de dólares para cuatro años). Pero sabemos, camaradas, que eso es un espejismo. Seguimos siendo su reaseguro, más que nunca ahora con el avance de China. Por eso no podemos esperar nada nuevo del imperialismo yanqui. Más de lo mismo. O, en todo caso, lo mismo con otra cara.





Migraciones: un problema. Pero... ¿para quién realmente?

Adela Gómez



Las migraciones han existido siempre en la historia. Eso nos caracteriza como humanos: el afán de búsqueda, de descubrimiento. Por eso emigramos cubriendo todo el planeta. El Homo Habilis, aparecido hace dos millones y medio de años en África, migró por toda la faz de la Tierra, adaptándose a todos las regiones y climas. Las “razas” actuales -concepto que alguna vez habrá que dejar de usar definitivamente- son expresión de ese tronco común. El genoma humano no difiere en ninguna latitud del globo terráqueo. En ese sentido, las migraciones son un fenómeno positivo. Pero, desde hace ya unas décadas, el discurso dominante de la sociedad planetaria globalizada (capitalista) encuentra en las migraciones un problema cada vez más grave. ¿Problema para quién?

Según nos alarma la prensa capitalista, la situación “¡es grave!” Doble moral repulsiva: se pone freno a la migración, y al mismo tiempo se aprovecha de ella como mano de obra barata. Los actuales migrantes -que huyen de la pobreza crónica en sus países- constituyen en sus lugares de llegada (Estados Unidos, Europa Occidental) el ejército de reserva industrial, ahora a nivel internacional.

La situación que pasan los migrantes es bochornosa, tanto en su viaje hacia las supuestas “islas de salvación” como ya instalados en el lugar de llegada, siempre escondiéndose como ciudadanos “irregulares”. Ahora bien: una visión romántica, endulcorada, que busque un perfil más “humanizado” en el trato para con los migrantes, no ayuda en realidad para cambiar las cosas. Como comunistas no podemos quedarnos solo con un lamento. El núcleo del asunto estriba en modificar la estructura que expulsa cada vez más gente desde los países empobrecidos. Condolerse de los viajeros irregulares y sus penurias es una respuesta moral, correcta sin dudas, pero que no puede modificar nada. Averiguar las causas profundas que mueven a esas migraciones -que no son las mismas de las del Homo Habilis- es otra cosa: eso sí conduce a soluciones de fondo. No hay que quedarse llorando por la situación, sino ¡modificarla!, ¡transformarla revolucionariamente! Huir de la pobreza no es la respuesta, camaradas. Mejor... ¡hagamos la revolución!



Lo que puede verse hoy es un discurso generalizado que levanta la voz por la situación de los migrantes -“pobres y desamparados migrantes”-. Ello se hace 1) a partir de su marcha hacia el lugar de destino (Estados Unidos y en menor medida Canadá, desde Latinoamérica y el Caribe, o Europa Occidental desde Europa del Este, África o Medio Oriente, o Japón desde el Sudeste asiático) o, si logran llegar, 2) ante las penurias que pasan como “ilegales” en su nueva morada. Pero debemos hacer una mirada crítica del fenómeno.

En un mundo capitalista en que se profundizan escandalosamente las diferencias económico-sociales, las migraciones (como recurso desesperado de muchísimos) pasaron a ser un calvario. Por un lado, si bien permiten parches circunstanciales a partir de las remesas, no cambian estructuralmente la situación de los que emigran y de sus familias; y por otro, crean un supuesto malestar en los países receptores, el cual se maneja arteramente según interesadas agendas políticas (“estamos mal por culpa de tantos migrantes”). Lo que está claro es que el fenómeno migratorio en su conjunto está denunciando una falla estructural del sistema que lo produce. Las grandes megápolis del Tercer Mundo reciben en conjunto diariamente alrededor de 1,000 personas que migran desde el área rural; y algunos miles llegan cada día ilegalmente desde el Sur a los países desarrollados. La única causa de esto: el capitalismo. Un infame capitalismo que no ofrece salidas.

Suele levantarse una voz lastimera en relación a las penurias de los migrantes indocumentados. Suele decirse que la vida que llevan en los países del Norte es deplorable, todo lo cual es cierto. Y suele exigirse también un mejor trato de parte de esos países para con la enorme masa de migrantes irregulares. Todo eso está muy bien, expresa un loable esfuerzo, una muestra de preocupación social, de empatía para con el otro. Pero ese dolor queda cojo si no se ve también la otra cara del problema: ¡la verdadera y principal cara! ¿Por qué hay millones y millones de migrantes que escapan de sus países de origen, forzados por la situación económica? La cuestión no es tanto pedir un trato digno en los países de llegada, sino plantearse por qué deben escapar.

Los gobiernos de los países expulsores se callan al respecto porque las remesas que envían estos trabajadores indocumentados sirven para paliar, en parte, la pobreza estructural de las familias de origen. En México y Centroamérica esas remesas representan hasta un 12% del Producto Bruto Interno, o más a veces. Son imprescindibles colchones que amortiguan la pobreza crónica, el malestar social reinante. Pero el capitalismo no puede pasar de parches. En vez de quedarnos con la lamentación y victimización del migrante, ¿por qué no denunciar con la misma energía la injusticia estructural que los fuerza a emigrar? Pedir que los países de acogida regularicen su situación migratoria no está mal. Pero ¿por qué no trabajar para lograr que nadie tenga que emigrar en esas condiciones, porque su país de origen no le brinda las posibilidades mínimas de sobrevivencia? Es por eso que la única solución real sigue siendo

¡la REVOLUCIÓN SOCIALISTA!





El treinta treinta Carlos Gutiérrez Cruz (Poeta mexicano, 1897-1930)

Que pobres estamos todos,
sin un pan para comer;
porque nuestro pan lo gasta
el patrón en su placer.

Mientras él tiene vestidos
y palacios y dinero,
nosotros vamos desnudos
y vivimos en chiquero;

nosotros sufrimos todo,
la explotación y la guerra
y hasta nos llaman ladrones
cuando pedimos la tierra;

y luego los padrecitos
nos echan excomuniones,
¿a poco piensan que Cristo
era como los patrones?

Compañeros del arado
y de toda la herramienta,
nomás nos queda un camino,
agarrar el treinta treinta.

